

El Marxismo

y la

Ciencia

La ciencia y la filosofía deben actuar con independencia al estudiar las realidades del mundo.

Suelen relacionarse frecuentemente Ciencia y Religión, Filosofía y Ciencia. Unas veces para asociarlas coherentes, otras para enfrentarlas desavenidas. Algo tienen de común: los mismos objetos externos, aunque bajo diverso aspecto. Cada una actúa en esfera independiente y tangencial que delimita y circunscribe su campo de operaciones.

Las ciencias experimentales físico-matemáticas tienen por objeto propio de su estudio lo corpóreo y cuantitativo en número,

peso y medida: la observación y estudio de la materia con sus propiedades.

La filosofía, por el contrario, considera el ser y su trascendencia como objeto de su elucubración. Ambas autónomas en su método respectivo. No debe, pues, el filósofo dar reglas al científico ni meterse a técnico; tampoco el científico debe dar normas al filósofo, ni ingerirse en lo que es privativo de su incumbencia.

Esto no obsta que pueda haber filósofos científicos o viceversa; más aún, sería muy de desear que se dieran en abundancia para mutua concordia y plena integración de esta doble fuente del conocimiento.

La misma realidad externa y material del mundo se presenta a los ojos del científico y a la mente del filósofo. El matemático la hace objeto de su ciencia en cuanto tiene extensión, gravedad y multiplicidad; y a este fin aportan su trabajo la geometría, la física y el cálculo. En cuanto esa "realidad" tiene propiedades físico-químicas y procesos biológicos, las ciencias naturales —biología, físico-química, etc.— observan, impulsan y miden cuanto cae en su ámbito experimental y nos dan a conocer todas las maravillas descubiertas en la naturaleza.

Viene luego el filósofo a examinar una faceta de la misma realidad observada por el científico, pero que no cabe dentro del campo empírico y experimental: el

"ser" y su trascendencia. Escruta las leyes por las que se rige todo ser, así material como espiritual, y extiende este proceso hasta las últimas consecuencias; hasta el enfrentarse con una "realidad" absoluta de la que dependen las verdades físicas y matemáticas: el Ser infinito, fundamento primordial y razón de ser de toda otra existencia y actuación.

Los grandes filósofos y sabios de la antigüedad, apoyados en lo vivencial y contingente, vislumbraron ya esta sublime trascendencia.

El fin, pues, y límite de la ciencia experimental es la investigación metódica y ordenada del mundo material para descubrir en él sus leyes. Tiene por criterio de verdad la experimentación y supone la veracidad de los sentidos que la práctica les muestra de modo inequívoco y evidente.

Como conclusión de sus admisibles resultados, se da en la ciencia una "DEFINICION OPERANTE" que la práctica universal hace valedera. Es ésta: "No se permite introducir en la ciencia experimental ninguna nueva

entidad que no haya sido definida previamente por su propio método (la experimentación), al menos conceptualmente posible". Esto es, que la nueva "entidad" no ha de oponerse en modo alguno a las leyes lógicas o físicas ya admitidas.

Consiguientemente, un objeto que no pueda someterse a esa experimentación no es propio de la ciencia físico-química o biológica; podrá serlo de otra rama del saber.

Dicen a este propósito dos grandes científicos: "Nos inclinamos a creer que el científico teorizante —dice MAX PLANCK— hará mejor en limitarse al estudio de los hechos; es decir, al resultado de las medidas".¹

A. EDDINGTON añade: "El conjunto de nuestros conocimientos físicos se basa en las medidas... Y el mundo físico consiste, por decirlo así, en grupos de medidas que descansan sobre un fondo oscuro que cae fuera del dominio de la física".²

Ese "fondo oscuro" es el que intenta penetrar y esclarecer el

filósofo. Así, pues, las ciencias físico-matemáticas, en cuanto tales, no tienen relación directa con la noción o concepto del Ser trascendente, ni con la realidad que a esa noción responde. Ese es un objeto inexperimentable para la ciencia, e incapaz de ser medido o cualificado con los instrumentos de que dispone la técnica.

Si se dijese que no hay más realidad que la sensible y material, eso ya no sería ciencia. Sería capricho o veleidad, conveniencia o pura ignorancia; en todo caso apriorismo anticientífico. Quien tal afirmase se descalificaría como hombre de ciencia al negar cuanto cae fuera de su campo experimental.

Si la ciencia permanece dentro de su jurisdicción no podrá probar la existencia del Ser supremo, es verdad, (aunque sí sugerir hechos que el filósofo puede utilizar con provecho); pero mucho menos podrá demostrar que no existe. Más aún, la negación de la existencia del Ser trascendente es absolutamente indemostrable, y quien pretenda presentarlo como fruto de sus elucubraciones cien-

TELEVISORES

SYLVANIA

con el exclusivo

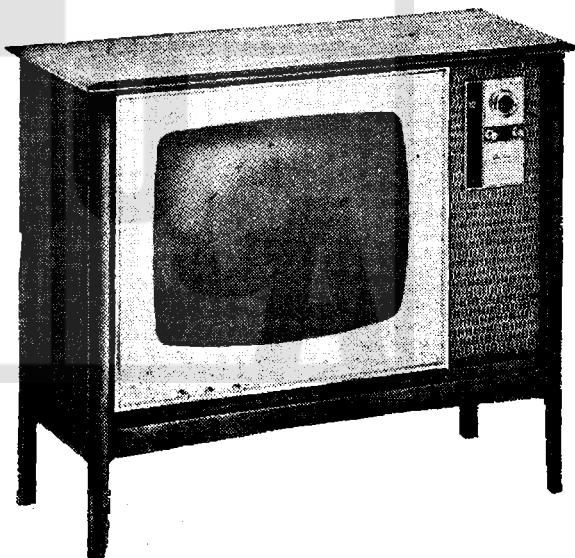
HALO-LIGHT

Margen de luz que protege
sus ojos y pantalla
cuadrada. Disponible en
variedad de modelos.

•
Agencias
Electrónicas, S.A.

Calle Rubén Darío 531

San Salvador, El Salvador.



tíficas o filosóficas se condena a sí y a su sistema de raciocinio. Es como si dijese que no existen las radiaciones infrarrojas y ultravioletas porque no las capta su pupila en los colores del arco iris.

EL MARXISMO, UNA FILOSOFÍA ANTICIENTÍFICA

Su teoría del llamado "materialismo dialéctico" le sitúa en un plano totalmente anticientífico, al obligarle a afirmar, sin prueba alguna: 1) que la única realidad es la materia; 2) que dicha materia está dotada por sí misma de un dinamismo sin causa; 3) que esta materia es necesaria, eterna e indestructible.

Pasemos ya al examen de algunos de los principios y axiomas de los fundadores del materialismo dialéctico.

Este sistema pretende presentarse, con capa de ciencia, como panacea religioso-histórica y económico-social para curar los males que aquejan a la sociedad.

Presentan, para ello, axiomas y principios como verdades inconcusas. Decantan la ciencia, pero la abandonan cuando no conviene a sus preferidas soluciones. Veamos algunas muestras de tales postulados:

1.—La primera afirmación indiscutible que lanzan es que la única realidad existente es la materia.

Es cierto que admiten otras realidades que la filosofía espiritualista considera como no materiales, pero declaran que su naturaleza, por muy sutil que se la considere, no es algo independiente de la materia sino que bro-

ta de ella. El espíritu, por ejemplo, es un producto de la materia.

Pero el que la cercanía e inmersión en la materia les onubile la mente y les impida percibir otras realidades supramateriales no quiere decir que por eso no existan, ni que su sistema pueda explicar de manera satisfactoria la esencia y las cualidades de estas realidades.

En parte hemos dado ya una respuesta a esta afirmación en nuestras notas anteriores.

Traigamos, sin embargo, un testimonio científico que nos diga algo sobre tal afirmación. Es el del alemán F. Dessauer, fundador de la radioterapia profunda y del primer Instituto alemán para el estudio de las bases físicas de la medicina. Dice así:

“Es el espíritu lo que nosotros encontramos cuando investigamos. Es el espíritu el que nos sirve para nuestras construcciones técnicas...”

“Dedicarse al estudio de la materia en el sentido antiguo y discriminador, equivale a olvidar que está penetrada del espíritu. Investigarla equivale a escuchar la revelación natural...”

“En estos días nuestros, en que los descubrimientos se acumulan, ganando en grandeza, en número, en profundidad, en novedad y fuerza, encontramos, con una frecuencia mayor a la usual desde hace mucho tiempo, profesiones de fe religiosa de los investigadores. Ciento que los más grandes entre ellos han sido siempre hombres religiosos, creyentes, abiertos al absoluto”.

“La vivencia del encuentro de la revelación abre profundidades y hace religiosos a los hombres. Pues es algo que está de acuerdo con la naturaleza humana el que la sabiduría conduzca a la profesión de fe”.

“¿No parece acaso como si la voz del Dios Creador, de Aquel a quien los Cristianos llaman Padre, se fuera haciendo más perceptible a medida que se abre la sala del Cosmos?”.³

“Las puertas de la revelación cósmica están más ampliamente abiertas que nunca. ¿No es éste un signo del tiempo, una aportación y una amonestación?”.³

2.—Su segunda afirmación es que dicha materia está dotada de un dinamismo sin causa.

Carlos Marx introduce en la materia la “dialéctica” que Hegel había aplicado a las ideas, pasando de la tesis, por la antítesis, a la síntesis. Es decir que utiliza el término de la antigua Grecia, en donde “dialéctica” significaba el “arte de disputar” que fue recogido más tarde por la escolástica con el significado de “lógica” o ciencia de “pensar con rectitud”. En consecuencia es “el arte de raciocinar y disputar ordenadamente”.

Recogió Hegel el vocablo para expresar el dinamismo del concepto en su triple fase o función: tesis, antítesis y síntesis. “Tesis” es la idea que se presenta en el palenque; “síntesis”, lo que se le enfrenta, al considerar la misma idea bajo otro aspecto; y “síntesis”, el resultado del encuentro y la integración de la verdad de los dos contrarios.

El Universo es para Hegel la exteriorización de la Idea Absoluta, que es lo que preexiste; o lo que es lo mismo, la Idea Absoluta en el alma viva del Universo existente.

Marx recoge la Idea de Hegel y la hace girar 180 grados, convirtiendo el idealismo en materialismo. No es la Idea la que se exterioriza; es más bien la materia la que se idealiza en la mente. Dice Marx: “Para mí lo ideal no es otra cosa que lo material trasladado al interior de la cabeza humana”.⁴

Marx y Engels aceptan con agrado el concepto dialéctico de la naturaleza. Consideran la materia esencialmente activa y a los seres como partes de un gran proceso en mutua relación. Sin necesidad de recurrir a una cau-

sa extrínseca, ven en la materia misma su origen, su actuar y su progreso.

He aquí los tres postulados básicos del dialectismo materialista de Marx, Engels y Lenin:

1. Ley de contrarios.

“La realidad es unión de contrarios; de esta contradicción brota forzosamente el movimiento en el mundo. Por lo tanto la materia es autodinámica”.

2. Ley de la negación.

“El carácter contradictorio de la realidad material produce un movimiento con finalidad progresista en crecimiento cuantitativo.

3. Ley de transformación.

“Un desenvolvimiento cuantitativo continuo, termina frecuentemente produciendo una forma enteramente nueva. Por ejemplo: la vida o la inteligencia”.⁵

Lenín, citando a Engels, dice:

“Engels no admite sombra de duda acerca de la existencia objetiva de la ley, orden, causalidad y necesidad en la naturaleza”.⁶

Con estos tres postulados, como leyes regidoras del cosmos, tenemos al Universo flotando en el espacio a impulsos de su interno dinamismo, sin necesidad de Creador ni ordenador. Así lo anuncia el materialismo dialéctico.

¿Qué decir de tales postulados? Que son lo que se indica: meros postulados, y como tales sin prueba ni demostración.

Respondamos brevemente. En la ley de contrarios se “presupone” ya en la materia y en sus

elementos el dinamismo o dialectismo que se le atribuye. Por lo tanto, esa tendencia dinámica inherente hay que buscarla fuera de los mismos elementos. Lo que nos interesa es conocer el origen primario de esos movimientos dialécticos.

El segundo y tercer postulado consignan hechos, pero no los explican. Al no admitir el Legislador Supremo, que imprime las leyes en la naturaleza y guía con ellas a los seres hacia su última perfección y acabamiento, han de admitir el “acaso” o la “casualidad”. Y esta es inconcebible al considerar las innumerables maravillas de la naturaleza.

Luego si no hay “acaso” hay ley; y si hay “ley” tiene que haber “Legislador”. Ya lo prevé de algún modo Engels en la cita mencionada por Lenin, y más aún en la siguiente.

Si este dialectismo significa agitación, mutabilidad, dinamismo... nada hay que objetar. La ciencia atómica lo muestra de mil modos. Ya lo anunció el efesino Heráclito hace dos mil quinientos años: “Panta Rei”; todo fluye; pero con más acierto y verosimilitud que el materialismo de hoy. Pues ante la mutabilidad esencial de las cosas que ocultan al inmutable ser o “logos”, “el sabio —dice— penetra hasta la verdad medular, mientras que el vulgo se queda en la “opinión” o corteza del mundo cambiante y contradictorio”.

Es tan clara y evidente esta finalidad teleológica que el mismo materialismo dialéctico la reconoce.

—“Este designio (la tendencia de la materia a su perfección) —dice Engels—⁷ no es importado dentro de la naturaleza por un tercer poder que obra conscientemente como ventana de la Providencia, sino que consiste en la “necesidad del ser mismo”. Pero lleva constantemente —aquí sale al paso de la poderosa objeción —cuando se trata de gente privada de buena preparación filosófica, a la “irreflexiva interpolación” que supone una actividad consciente e intencionada”.

A tal explicación respondemos que la “verdadera reflexión” es la que conduce a la intencionalidad extramaterial. Por el contrario, la “irreflexión” —aunque sea la de un filósofo como Engels— es la que postula la incoherencia y ciega determinación de la propia materia.

La afirmación, pues, del “autodinamismo” no es fruto de la lógica del raciocinio ni demostración de la ciencia. No es más que la aplicación del sofisma filosófico: “Post hoc, ergo propter hoc” (después de esto, luego a causa de esto), que no tiene validez. Ha de demostrarse que el consecuente es fruto del antecedente.⁸

3.—Su tercera afirmación es que la materia es necesaria, eterna e indestructible.

Consecuencia de los postulados anteriores, que excluyen toda causalidad ajena a la materia, es el proclamar que dicha materia es “necesaria” y “eterna”, “increable” e “indestructible”. Semejantes cualidades las aplican a la energía. Aducen en confirmación la fórmula de Einstein de que la Energía es igual al producto de la Masa por el cuadrado de la Velocidad de la luz: $E = mc^2$.

Al no admitir nada extramaterial es obvio que tienen que recurrir a otorgar esos atributos divinos a un sucedáneo del Ser Supremo. No admitiendo más que la materia, inestable y caduca, no queda otro recurso.

El atribuir a un ser inferior lo que pertenece al Supremo se llama superstición y el tributarle culto es idolatría o fetichismo. En esto cae quien pone en la materia las cualidades que sólo a Dios pertenecen.

La fórmula de Einstein nada nos dice, ni puede decir, de esos atributos. Se limita únicamente a la trasmutación de masa y energía dentro del campo experimental de la física, no fuera de él.

Einstein, con todos los científicos de hoy, a más de la primera ley de la termodinámica o principio de la conservación de la energía —cuya expresión matemática

BIBLIOGRAFIA

EDITORIAL "STVDIVM".

Madrid.

69085. OBREGON BARREDA, Luis. — "LA EDUCACION EN LA MENTE DEL VATICANO II". — Stvdvm, Madrid, 1968.

En estos tiempos en los que se pone en tela de juicio la necesidad de centros de enseñanza dirigidos por la iglesia, viene muy bien el que un autor como el P. Obregón, de gran experiencia en la materia, nos recuerde la voluntad y las disposiciones del pasado Concilio Vaticano II sobre este problema.

A nadie que haya leído las actas del mismo se puede ocultar la decisión firme de continuar propiciando sus centros de estudio, manifestada claramente en las resoluciones de los PP. Conciliares.

El autor enfrenta con valentía las dificultades que existen en las Escuelas Católicas y delinea un programa, muy bien razonado, sobre el modo de superarlas.

69086. SALGUERO, José, O.P. — "La BIBLIA DIALOGO DE DIOS CON EL HOMBRE". — Stvdvm, Madrid, 1968.

El autor es bien conocido de los lectores de la "Biblioteca de Autores Cristianos", por los varios libros que lleva publicados en ella. Cursó Ciencias Bíblicas en la famosa "Ecole Biblique" de Jerusalén y es Doctor en Ciencias Bíblicas por Roma. Enseñó en la Universidad Católica de Chile; después en la Facultad Teológica Pontificia de San Esteban, que tienen los PP. Dominicos en Salamanca, y finalmente se trasladó a Ro-

viene a ser su fórmula— admite igualmente el segundo principio o "ley de la entropía" que restringe la primera ley; pues, si bien el calor es una forma de energía, no puede trasformarse en trabajo en la medida en que se desea. La entropía va en aumento y llegará un instante en que la energía degenerada no podrá ya utilizarse, por seguir un proceso irreversible. No se puede dar el móvil perpetuo. Queda por tanto limitado el dinamismo de la materia.

Aduciremos el testimonio moderno de un científico de nuestros días que es, por añadidura, "materialista dialéctico": el del químico alemán W. Krah. Dice así:

— "En el estado actual de nuestros conocimientos, no es posible ponernos a señalar hechos que hablen en contra del segundo principio de Termodinámica" (que es el principio enunciado de la entropía).

(cfr. J. M. Riaza, s.j. — **El Comienzo del Mundo**. Madrid 1964, p. 628).

Otra conclusión parecida es la de que "el mundo es infinito" en el tiempo y en el espacio.

Este enunciado, con el de la eternidad de la materia, es un postulado dogmático, gratuito, invérifiable e indemostrable, tanto en ciencia experimental como en matemática pura. Además, el postulado de la materia eterna en el pasado implica una contradicción interna: la de una serie infinita actual y realizada —lo que los filósofos llaman un infinito actual o categóremático—. Tendríamos hoy un infinito mayor que el de ayer, porque le hemos añadido la unidad de hoy. Esto es: dos infinitos que se diferencia en una unidad, o en cuantas queramos ir añadiendo. Incoherencia matemática y absurdo filosófico. La serie infinita actual del universo implica, pues, una paradoja insoluble.

Véase lo que sobre esto dicen los científicos de primera línea: Henri Poincaré y D. Hilbert:

"No hay infinito actual (dice Poincaré); los cantorianos lo han olvidado y han caído en contradicción".⁹

Más aún, D. Hilbert (1842-1943), muy imbuido de la manera cantoriana de pensar, no puede admitir ya la multitud actualmente infinita concebida por Cantor, y dice:

"El infinito no se encuentra realizado en ninguna parte ni existe en la naturaleza".¹⁰

Los que gustan del testimonio de Einstein, deben recordar que la magnitud infinita del universo va contra sus afirmaciones. Einstein dice todo lo contrario, y llega a darnos su volumen en función de la densidad y curvatura del universo.

Conocida la densidad del cosmos por las observaciones de Edwin Hubble, del Observatorio de Mt. Wilson, que la calculó en (10^{-30}) gramos por cm^3 , las fórmulas de Einstein dan la curvatura y por esta se puede conocer el radio, que viene a ser de 35 mil millones de años de luz; o sea de 322 trillones de kilómetros.¹¹

La ciencia astrofísica de hoy sostiene, casi por unanimidad, que el universo es finito. No se han hallado aún las pruebas del infinito en la naturaleza. El célebre astrofísico inglés, Eddington, discutiendo sobre las "constantes de la naturaleza", ha llegado a calcular la cantidad de materia del universo. Ha hallado ser de: $3/2 \times 136 \times 2^{256} = 2,4 \times 10^{79}$ partículas elementales, equivalentes a 10^{56} gramos.¹²

Quien pretenda afirmar la infinitud del universo habrá de responder antes al problema que plantea Enrique Guillermo Matías Olbers (1758 - 1840), astrónomo alemán, que dice:

— "Si en el universo, la distribución de soles y de galaxias es relativamente uniforme (con mayor motivo —añadimos nosotros— si se considera infinito), la cantidad de luz que recibe un planeta tendrá la misma intensidad de día que de noche" (y llegaría a ser infinita en nuestra suposición).

He aquí su formulación matemática: Llamando (dy) al incremento estelar en función del ra-

dio (r), es evidente que para cada capa (dr) que consideremos hay una superficie ($4\pi r^2$); por lo tanto la ecuación diferencial será: $dy = 4\pi r^2 \times dr$. Integrándola resulta:

$$\int dy = \int 4\pi r^2 \times dr = 4/3\pi r^3$$

Ahora bien, puesto que la intensidad luminosa decrece en razón inversa de (r^2), tendremos que la luminosidad total será:

$$L = \frac{4/3\pi r^3}{r^2} = 4/3\pi r;$$

y como ($4/3\pi$) es una cantidad positiva = 4,2 (mayor que uno), al crecer (r) el valor ($4/3\pi r$) tiende al infinito; lo cual es contra toda experiencia. Parecido razonamiento podemos aplicar a la fuerza de la gravitación universal producida por la materia infinita.¹³

Encerrado el materialismo ateo en su círculo vicioso, se aventura a rasgar el velo del pasado y del futuro contra toda experiencia y base científica. "El proceso de la historia del mundo es cíclico, nos dice, y comenzará de nuevo al haberse agotado esta primera fase".

Ven claro, como todo el que observa el proceso actual del mundo, que la marcha del cosmos marca un principio —que hoy se puede calcular con cierta aproximación,¹⁴ y que se dirige a un fin, también de algún modo previsible. El alfa de aquel principio y la omega de este fin echan por tierra toda su elaborada cosmogonía. Para curarse en salud invocan un subterfugio: dan de mano a la ciencia de que se envaneцен y se entregan a puro vaticinio; dejan de ser científicos para hacerse augures.

Mostrada la insuficiencia de la ley de contrarios en que se basa, el materialismo dialéctico tendrá que contentarse con consignar hechos sin plausible explicación, si se empeña en rechazar todo impulso o finalidad extramaterial.

Hemos, pues, de reconocer una Inteligencia trascendente que encauce con una ley todas las operaciones de los seres (entre el número infinito de las posibles) hasta lograr su última perfección.

Admitamos, pues, cuanto nos muestre la ciencia, dentro de su campo experimental, que muchas, en verdad, son las maravillas que puede comunicarnos; pero dejemos a la filosofía, y a otras ramas del saber, obrar de igual modo en el objeto de su estudio, que también podrán ofrecernos resultados sorprendentes como fruto de su juiciosa y reflexiva elucubración.

N O T A S — — — — —

- 1.—M. Planck. *La Nature de la Lumière*. Paris 1927, p. 29. (Cfr. Philo. Schol. Summa. B.A.C. Madrid, 1955, p. 11).
- 2.—Arthur Eddington. *La Nature du Monde Physique*, Paris 1927, p. 346, 255. (Cfr. Philo. Schol. Summa. Ibid. p. 4).
- 3.—F. Dessauer. *Religion im Lichte der Naturwissenschaft*. Frankfurt-Main. 1950, pp. 36, 48. (Cfr. Franz Koenig, *Cristo y las Religiones de la Tierra*. B.A.C. Madrid 1960, I, 19).
- 4.—K. Marx. *El Capital*. London 1930, I, 783. (Cfr. *La Filosofía del Comunismo* por Ch. J. McFadden. Valladolid 1961, 40).
- 5.—Ch. J. McFadden. Ibid. p. 43-59.
- 6.—V. Lenin. *Materialismo y Empirio-Criticismo*. Nueva York 1927, p. 125. (Cfr. McFadden Ibid. p. 61).
- 7.—F. Engels. *Anti-Duehring*. Nueva York 1935, p. 79. (Cfr. McFadden. Ibid. p. 62).
- 8.—H. Poincaré. *El Valor de la Ciencia*. Buenos Aires 1947, p. 41.
- 9.—H. Poincaré. *Ciencia y Método*. (Cfr. J. M. Ríaza, S. J. *El Comienzo del Mundo*. 2^a Edición. B.A.C. Madrid 1964, pp. 494-495).
- 10.—D. Hilbert. *Grundlagen der Geometrie*. 1930, p. 288. (Cfr. Ríaza, Ibid.).
- 11.—Lincoln Barnett. *The Universe and Dr. Einstein*, p. 98.
- 12.—J. M. Ríaza, S. J. *Ciencia Moderna y Filosofía*. B. A. C. Madrid, 1961.
- 13.—IBERICA, Barcelona. Noviembre 1968, p. 409.
- 14.—Cfr. artículo del autor: *La Edad del Universo*.

BIBLIOGRAFIA

ma, donde enseña en la Universidad que tiene allí dicha Orden.

El libro que presentamos al lector resume los puntos principales que necesita conocer el estudiioso de estas materias: inspiración bíblica, historia del canon, interpretación de la Sagrada Escritura, todo ello siguiendo los criterios más tradicionales y sólidos.

Acaso se eche de menos una puesta al día de algunos conceptos más discutidos últimamente.

69088. CASTRO, Felipe M^o de, O. P. — "LA VIDA RELIGIOSA A LA LUZ DEL VATICANO II". *Stvdvm*, Madrid, 1968.

La oportunidad de esta obra se pone de manifiesto ante ciertas opiniones, hoy bastante de moda, respecto a la actualidad de la vida religiosa.

El camino seguido por el P. Castro es sin duda el más acertado. Si el Concilio Vaticano II ha alabado extraordinariamente este estado de vida y lo ha recomendado a los fieles, no es posible admitir por ningún motivo las afirmaciones a que nos referimos.

Las deserciones que se están produciendo entre los religiosos nada prueban en contra de la actualidad de la vida religiosa, las ha habido en todos los tiempos.

69089. X.X. — "PUBERTAD". — "Dirección y problemas sexuales de la adolescencia". *Stvdvm*, Madrid, 1968.

Volumen escrito en colaboración por médicos y moralistas, trata de la evolución de la pubertad, pubertad patológica, la pubertad en la joven, la masturbación, y siquismo y pubertad.

Muy propio para padres de familia, educadores, y directores de conciencia.